

Anales de Antropología

Volumen 37

2003



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Anales de Antropología

FUNDADOR JUAN COMAS

CONSEJO EDITORIAL

Lyle Campbell, Universidad de Canterbury

Milka Castro, Universidad de Chile

Mercedes Fernández-Martorell, Universidad de Barcelona

Santiago Genovés, Universidad Nacional Autónoma de México

David Grove, Universidad de Illinois, Universidad de Florida

Jane Hill, Universidad de Arizona

Kenneth Hirth, Universidad Estatal de Pennsylvania

Alfredo López Austin, Universidad Nacional Autónoma de México

Claudine Sauvain-Dugerdil, Universidad de Ginebra

Gian Franco De Stefano, Universidad de Roma

Cosimo Zene, Universidad de Londres

EDITORES ASOCIADOS

Yolanda Lastra, Universidad Nacional Autónoma de México

Rodrigo Liendo, Universidad Nacional Autónoma de México

Rafael Pérez-Taylor, Universidad Nacional Autónoma de México

Carlos Serrano Sánchez, Universidad Nacional Autónoma de México

EDITOR

Lorenzo Ochoa, Universidad Nacional Autónoma de México

Anales de Antropología, Vol. 37, 2003, es editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. ISSN: 0185-1225. Certificado de licitud de título (en trámite), Certificado de licitud de contenido (en trámite), reserva al título de Derechos de Autor 04-2002-111910213800-102.

Se terminó de imprimir en diciembre de 2004, en *Impresos ENACH, S.A. de C.V.*, México, D.F.

La edición consta de 500 ejemplares en papel cultural de 90g; responsable de la obra: Lorenzo Ochoa; su composición se hizo en el IIA por Martha Elba González y Ada Ligia Torres; en ella se emplearon tipos Tiasco y Futura de 8, 9, 11 y 12 puntos. La corrección de estilo estuvo a cargo de Adriana Incháustegui; la edición estuvo al cuidado de Ada Ligia Torres y Héliida De Sales. Diseño de portada: Francisco Villanueva. Realización: Martha González. Fotografía de portada: detalle de textil totzil de Chiapas, México.

Adquisición de ejemplares: librería del Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Circuito Exterior s/n, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F., tel. 5622 9654, e-mail: libreria@servidor.unam.mx

LA FEMINIZACIÓN DE LA VIDA RURAL EN EL CONTEXTO DE LA MIGRACIÓN MASCULINA A LOS ESTADOS UNIDOS EN EL ESTADO DE PUEBLA. UNA PERSPECTIVA COMPARATIVA

*María Eugenia D'Aubeterre Buznego, María da Gloria Marroni
y María Leticia Rivermar Pérez*
Benemérita Universidad de Puebla

Resumen: En este trabajo se matizan las interpretaciones extremas que han sugerido, por un lado, el empoderamiento o, por el otro, la inexorable condición subordinada de las mujeres que permanecen en las comunidades rurales mexicanas mientras sus maridos emigran. Se plantea que la situación de las mujeres se redefine a lo largo del curso de vida y del ciclo doméstico. Estas transiciones se analizan tomando en consideración las dimensiones de tiempo y espacio en la vivencia de la “conyugalidad a distancia” en tres localidades del centro del estado de Puebla en las que la emigración a los Estados Unidos ha alcanzado magnitudes extraordinarias en las dos últimas décadas, involucrando hasta ahora, fundamentalmente a varones. El saldo de la emigración masculina en las vidas de estas mujeres no es unívoco. Por una parte, podemos reconocer su presencia en espacios que hasta hace poco tiempo monopolizaban los hombres, las fronteras entre tareas y ocupaciones, lugares y tiempos regulados por el sistema de género tienden a desdibujarse. Esta redistribución del tiempo y del espacio a consecuencia de la emigración de los hombres conlleva, entre otros aspectos, a la feminización de la vida rural y frecuentemente con ello elevados costos sociales.

Palabras clave: migración, conyugalidad a distancia, tiempo, espacio, ciclo doméstico.

Abstract: This essay questions theoretical debates concernig the situation of rural mexican women married or attached to migrants in the United States, that either consider them empowered or inexorably subordinated. The authors suggest that the situation of women is redefined in their life course and in the domestic cycle. These transitions are analyzed taking into account the dimensions of time and space in the experience of “long-distance-conjugality” in three communities located in the Mexican state of Puebla, where migration has reached extraordinary levels over the past two decades. Until now, those flows have mostly involved men. The effect of male migration on women’s life is

ambiguous. On one hand, they are now present in space that have been until recently monopolized by men; while on the other, lines between chores and occupations, spaces and times regulated by gender system tend to fade. These changes in the distribution of time and space led to the feminization of rural life, at great cost to social relations.

Keywords: migration, long-distance conjugality, time, space, domestic cycle.

INTRODUCCIÓN

La migración mexicana hacia Estados Unidos tiene una historia centenaria (Durand, 2000). No obstante las transformaciones que apuntan hacia una mayor diversificación del esquema migratorio, estos flujos siguen siendo fundamentalmente masculinos (CONAPO, 2001; Marcelli y Cornellius, 2001; Arias, 2000; Szasz, 1994, 1999). Si examinamos esta tendencia desde la perspectiva de género, podemos acordar con Hondagneu-Sotelo (1997) que cuando los hombres se desplazan al norte y dejan a sus familias en México, tal como lo hicieron durante el segundo Programa Bracero (1942-1964) y lo siguen haciendo hasta nuestros días, están cumpliendo con sus obligaciones familiares como proveedores sin que ello conmocione, de manera fundamental, un modelo tradicional de familia y de relaciones entre los géneros: los migrantes trabajan en Estados Unidos para poder reproducirse y sostener a sus familias y de esta manera se reproduce la siguiente generación de trabajadores.

En términos marxistas, este arreglo supone la separación en el espacio de los costos de mantenimiento de la fuerza de trabajo de los costos de reproducción de la mano de obra. Se trataría, en suma, de un proceso que comporta una división sexual del trabajo en el interior de estos grupos domésticos que tiene como referentes distintas locaciones geográficas. Mientras que los maridos circulan en el espacio, las esposas permanecen en el mismo lugar. No obstante lo anterior, cabe preguntarse, nuevamente, si esta permanencia o inmovilidad supone sin más, la continuidad de un modelo de relación conyugal y familiar o si, por el contrario, tal como se afirma en algunos estudios, las mujeres ganan en autonomía y amplían sus márgenes de influencia y poder.

En este trabajo intentaremos dar respuesta a esta pregunta retomando algunos de los planteamientos de Teresa del Valle,¹ para interpretar datos que hemos recabado en tres localidades ubicadas en el centro del estado de Puebla,

¹ Desde una perspectiva multidisciplinar, particularmente aplicada al campo de estudios de la antropología urbana con una perspectiva de género, esta autora nos propone un in-

México (figura 1): Tianguismanalco² asentada en el valle de Atlixco en las cercanías del volcán Popocatepetl; Santa María de la Encarnación Xoyatla,³ un pueblo nahuatlato ubicado en las puertas de la mixteca poblana y, finalmente, San Miguel Acuexcomac,⁴ una población amestizada de origen nahua ubicada en las inmediaciones de la cordillera del Tentzo. En las tres comunidades predomina una migración indocumentada de varones que se desplazan de manera circular hacia tres destinos: la ciudad de Nueva York y pequeños poblados del estado de Nueva Jersey en el caso de los migrantes de Tianguismanalco y Xoyatla;

terezante tratamiento del tiempo y del espacio como coordenadas culturales en relación con las construcciones genéricas aplicadas, básicamente, al estudio de los sistemas de género en las urbes. Concurren en su perspectiva la teoría del desarrollo desigual, en la que se conjuga "... la teoría marxista con orientación desde la geografía, con objeto de explicar el papel central que tiene el desarrollo desigual para la sobrevivencia del capitalismo. Se centra en el análisis del proceso del desarrollo desigual, basado a su vez en los patrones de distribución espacial que se han ido generando a través del tiempo" (del Valle, 1991: 225).

² Tianguismanalco es la cabecera del municipio del mismo nombre, está bien comunicada con la ciudad de Atlixco –uno de los más importantes mercados agropecuarios de la región. Su población en 2000 era de 4 881 habitantes (INEGI, 2001), cuya principal actividad es la producción agropecuaria en tierras de vocación agrícola, cuenta con una pequeña infraestructura comercial, escuelas de los niveles básico y medio superior y con un centro de salud, está equipada además con los servicios de luz eléctrica, agua potable, drenaje parcial y teléfono.

³ Santa María de la Encarnación Xoyatla es una Junta Auxiliar que pertenece al Municipio de Tepeojuma, al suroeste de la ciudad de Puebla, comunicada con la cabecera municipal por una carretera de terracería, desde la cual los xoyatecos se desplazan a las ciudades de Atlixco o de Izúcar de Matamoros, centros comerciales y políticos de la región. Para el año 2000 su población era de 1 300 habitantes, una parte importante se dedica a la agricultura, la confección de petates, cestos de palma y chiquihuites de oate, la producción de mezcal, la cría de ganado caprino, el comercio en pequeña escala de productos de consumo básico en tendajones en el lugar, el transporte público –como asalariados o como propietarios– y la albañilería. Cuenta con servicios básicos: agua, luz eléctrica y teléfono, así como con escuelas de educación básica y una clínica de la Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA).

⁴ San Miguel Acuexcomac es una Junta Auxiliar del municipio de Tzicatlacoyan, asentada en el centro del estado, precariamente comunicada a través de una vía de terracería con Tecali y con la ciudad capital; cuenta, sin embargo, con servicios escolares de los niveles básico y medio superior y una clínica del salud de la SSA. Pese a que un porcentaje minúsculo de sus 1 164 habitantes conserva la lengua nahua, el pasado indígena reciente de los miguelenses se expresa no sólo en las distintas formas corporativas de organización social y un sistema de cargos rotativos, mediante el que se define y refrenda la autoridad política y religiosa de la comunidad, sino también en el sistema de préstamo y devolución de trabajo que da sustento a la producción agrícola de subsistencia, a la cría de chivos y borregos a pequeña escala y a la circulación de personas entre este pueblo y California. La producción artesanal ha declinado con el aumento de la migración al norte.



Figura 1. Ubicación de las localidades de estudio.

los migueleños, por su parte, han hecho del este de Los Ángeles y condados circunvecinos un nicho laboral y cultural. En las dos últimas décadas la migración a los Estados Unidos ha adquirido en todas ellas las proporciones de un fenómeno masivo.

No obstante esta semejanza, su dinámica económica difiere de manera notable: en Tianguismanalco la producción agrícola en tierras de riego y temporal está orientada a satisfacer la demanda de las unidades familiares y el mercado nacional, mediante el empleo de mano de obra jornalera. En Acueco-

mac y Xoyatla, en cambio, la producción de granos básicos a pequeña escala en tierras de temporal se destina al consumo familiar. Asimismo, aunque con diferentes magnitudes, la elaboración y venta de productos artesanales de palma reporta ingresos a los hogares en ambas localidades.

PANORAMA DE LA MIGRACIÓN HACIA ESTADOS UNIDOS EN EL ESTADO DE PUEBLA

La migración mexicana a Estados Unidos se ha transformado de manera notable en las dos últimas décadas; destaca, entre otros factores, la creciente diversificación de los lugares de procedencia de los migrantes, su adscripción rural-urbana, e incluso, una pertenencia de clase y étnica más diversa (Cornelius, 1988). La participación del estado de Puebla en el volumen de población migrante representó 0.8% del total en el decenio 60-70 y se incrementó a 4.3% en el periodo 80-90 (Corona Vázquez, 1993), tendencia que se mantiene en el presente.

Este proceso tuvo como antecedente una fuerte migración interna. Durante los años que van de 1955 a 1995 el estado de Puebla fue una de las doce entidades cuya migración interna neta acumulada fue negativa,⁵ lo cual expresa el peso de este fenómeno en la entidad. Entre las causas que la originan se encuentran, en gran medida, las lacerantes condiciones de pobreza que aún persisten⁶ y que, en los años ochenta, coincidieron con el agravamiento de los problemas del campo poblano: fragmentación acentuada de la propiedad rústica, caída de los precios de los productos agropecuarios, sobreexplotación de los recursos, deterioro acentuado de la economía campesina maicera, entre otros.

Gran parte de las explotaciones campesinas, aun aquellas con vocación agrícola, fueron perdiendo su viabilidad económica y sustentabilidad social.

⁵ La tasa de migración neta anual (por cada mil habitantes) durante estos años fue la siguiente: 1955-60: -4.7; 1960-65: -4.7; 1965-70: -5.8; 1970-75: -4.1; 1975-80: -3.4; 1980-85: -2.1; 1985-90: -0.8; 1990-95: 1.6 (Banco Nacional de México, 1998). Los principales destinos fueron, por orden de importancia: la zona metropolitana de la ciudad de México, Veracruz, Estado de México, Morelos, Hidalgo y Oaxaca (Banco Nacional de México, 1998 y UNAM, 1988).

⁶ Puebla está clasificado como el quinto estado del país por el volumen de su población, 5 millones 76 mil 686 habitantes de los cuales un número significativo está constituido por grupos indígenas. Posee una tasa de analfabetismo adulto de 14.59% y un 27.91% de su población se ocupa en el sector primario (INEGI, 2001). Persisten elevados índices de pobreza, desequilibrios regionales y marginación de grandes sectores de la población, en especial de los grupos étnicos (Marroni, 2003).

A ello hay que añadir elevadas tasas de fecundidad y el proceso de transición demográfica: más niños alcanzaban la edad para demandar trabajo cuando los mercados de trabajo internos se estrechaban. En la actualidad, el desempleo en las ciudades de la entidad y en la zona metropolitana de la ciudad de México resta eficacia al patrón de la migración rural-urbana, predominante a partir de los años cuarenta del siglo XX (Marroni, 2003).

Este acotamiento de las vías de la migración interna orilló a la búsqueda de alternativas laborales fuera del país. La expansión de los flujos migratorios desde el estado de Puebla hacia Estados Unidos no se desarrolló de manera homogénea en el territorio; aunque casi todas sus regiones se han incorporado de manera progresiva al proceso, dos zonas destacan por la magnitud de la migración al norte: la Mixteca poblana y el valle de Atlixco (Marroni, 2003). En un primer momento se identificó la extracción rural de la población migrante poblana, sin embargo, en un plazo relativamente breve, los ciudadanos también alimentaron estas corrientes. De acuerdo con COESPO (2003), la migración neta interestatal se estabilizará entre el 2016 y el 2020 y la internacional alcanzará su punto máximo en el 2015 y tenderá a disminuir entre ese año y el 2020. La tendencia, según este organismo gubernamental, obedece al gradual proceso de envejecimiento de la población, con una baja prevista en la tasa de fecundidad en el estado (COESPO, 2003: 25-26).

Esta dinámica se inscribe en el marco de un proceso de creciente estratificación económica en México y Estados Unidos, ligado a la adopción de políticas económicas neoliberales y a la flexibilización de los mercados de mano de obra a nivel global, que han originado un aumento de la variación étnica y de género entre la población migrante. “Los cambios en las políticas de trabajo y de inmigración a los Estados Unidos en las últimas dos décadas también han tenido un fuerte impacto sobre la cuestión de quién va de México a los Estados Unidos, cuándo, dónde y bajo qué condiciones” (Stephen, 2002: 90). Del mismo modo, estos factores modelan los proyectos de retorno, la intensidad y la frecuencia de la circulación de unos y otras entre los diferentes asentamientos que integran los circuitos migratorios. Se ha dicho, y con razón, que uno de los saldos del ajuste estructural en el sector agropecuario ha sido una transformación rotunda de las condiciones de vida de las mujeres expresada en:

I. la feminización de la agricultura de subsistencia ligada al aumento de la migración masculina en la década del 80 (Preibisch, 1996; Marroni, 2000) y,

II. un aumento sin precedentes en la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado.

Desde nuestro punto de vista, tal proceso de feminización va más allá del aspecto meramente económico, se expresa en todas las esferas de la vida social. A tres décadas de iniciado este proceso, cabe volver a preguntarse: ¿cuál es la situación de vida de las mujeres casadas o unidas con migrantes que permanecen en las comunidades rurales?

NUESTRA PROPUESTA

A pesar de que las proyecciones hechas por COESPO (2003) para el estado de Puebla prevén para el año 2010 tasas de migración semejantes para hombres y mujeres, hasta el presente, como ya lo hemos mencionado, la migración del estado hacia los Estados Unidos sigue siendo mayoritariamente población masculina. Pretendemos avanzar en la comprensión de las particularidades de la situación de vida de las mujeres que permanecen en las comunidades rurales, casadas/unidas con migrantes. Nuestra perspectiva considera el cruce de factores que se juegan en la arena familiar y doméstica, es decir, las relaciones de género y generacionales; así como las oportunidades y recursos locales y, finalmente, las peculiares características de la migración en las comunidades estudiadas (figura 2).

El primer supuesto que anima esta reflexión es el reconocimiento de las diferencias existentes entre estos hogares considerando su particular inserción en el entramado social de estas comunidades ancladas en las dinámicas económicas, políticas y culturales de dos países dispares. Además, como sabemos, el capital material y simbólico en el interior de estos grupos domésticos no constituye un dato fijo en el tiempo. Otro supuesto fundamental es que estos recursos se distribuyen de manera desigual entre los integrantes del grupo de acuerdo con el género y la posición generacional. De las afirmaciones anteriores se desprende una tercera: las mujeres acceden a estos recursos de manera diferente a lo largo de su vida así como del ciclo doméstico.

A pesar de los matices, las mujeres comparten, a grandes rasgos, una misma situación: la migración recurrente y temporal⁷ de los varones conlleva la vivencia de una “conyugalidad a distancia” (D’Aubeterre, 2000), un estado más o menos transitorio, que goza de la legitimidad que le brindan el reconocimiento público y las ideologías que naturalizan la división sexual del trabajo apelando

⁷ “Los migrantes recurrentes han realizado tres o más viajes, presentan un promedio de por lo menos un viaje cada dos años, o han pasado por lo menos la mitad del tiempo en los Estados Unidos desde que comenzaron a emigrar” (Massey *et al.*, citado en Moctezuma, 2001: 225).

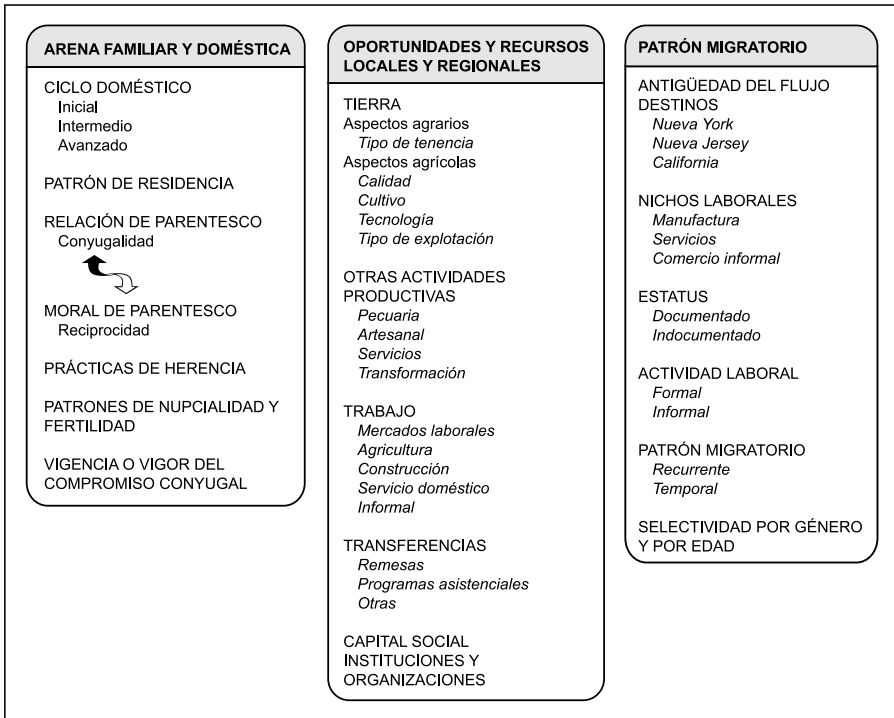


Figura 2. *Características de la migración.*

a los atributos biológicos de hombres y mujeres. Esta conyugalidad sin co-residencia sostenida en el tiempo, en sus expresiones positivas, comporta, pese a la distancia geográfica, las continuas negociaciones entre marido y mujer en los procesos de toma de decisiones concernientes al ámbito doméstico, así como el cuidado y atención que las mujeres deben prodigar a los hijos, los ancianos y a los bienes materiales y simbólicos de los maridos, entre ellos, el prestigio, el honor, el buen nombre y el cuidado de la imagen del ausente.

Comporta, asimismo, por el lado de los varones, el mantenimiento y reproducción del vínculo mediante su continuado desempeño como proveedores económicos, dimensión primordial de la masculinidad en estos contextos, íntimamente ligada a su reconocimiento como figuras de autoridad. Las irregularidades de las prestaciones masculinas son valoradas negativamente, aunque estas sanciones morales no siempre liberan a las mujeres del cumplimiento de las obligaciones que se desprenden del vínculo conyugal.

Diversos estudios sobre esta temática (Rivermar Pérez, 2002; Marroni, 2000a; D'Aubeterre Buznego, 2000a; Mummert, 1990; Zárate Vidal, 2000) reportan que casi siempre este arreglo conyugal conlleva una mayor visibilidad de las mujeres en los procesos productivos, en todas aquellas actividades reconocidas como trabajo (remunerado o no), así como un aumento de responsabilidades y tareas orientadas a la reproducción cotidiana del grupo doméstico. A este trastocamiento del tiempo de las mujeres se añade, casi siempre, una reordenación de sus espacios de vida, de los lugares por los que transitan y la gestación de nuevos vínculos con instituciones, personas y nuevos objetos y artefactos. Debido a la ausencia de los varones, esposas y amasias incursionan en espacios antes proscritos por los tabúes impuestos por la división sexual del trabajo.

En suma, la migración masculina propicia un reordenamiento de *fronteras, límites y cierres* que acotan espacios significados como masculinos o femeninos y conlleva, a la vez, una conmoción del tiempo de las mujeres. En consecuencia, el análisis de su particular situación de vida debe considerar, a nuestro juicio, el cruce de estas dos dimensiones –tiempo y espacio– con las variables antes esbozadas (figura 3). Sólo en fechas más recientes la dimensión espacial ha sido incorporada en los estudios de género; a su vez, dentro del interés general que suscita el tema del espacio, son escasas las investigaciones que tienen en cuenta al género.

En la obra de Teresa del Valle encontramos valiosas orientaciones para avanzar en esa perspectiva. En sus trabajos subyace la propuesta de que el estudio de la asignación y significación del espacio y del tiempo puede ayudarnos a entender procesos de jerarquización sexual que están anclados en esencialismos biológicos. Asimismo, tal como anota la autora, esta perspectiva:

... nos ayudará a detectar algunas de las múltiples dificultades que encuentran las mujeres para avanzar en aquellas situaciones en las que se da un rompimiento con sistemas y roles que han incidido directamente en la configuración y vivencia de la identidad personal y social. El tema nos remite, a su vez, a uno más general, que comprende los procesos de elaboración de la desigualdad y la dominación (del Valle, 1991: 224).

Pensamos que el valor teórico y metodológico de esta propuesta no se limita al análisis de la construcción de estos sistemas en las urbes, escenarios privilegiados en los estudios efectuados por Teresa del Valle en el País Vasco, sino que también las transformaciones en el campo de las relaciones de género en las comunidades rurales mexicanas, propiciadas por la migración masculina, pueden ser desentrañadas mediante el estudio de los reordenamientos y reasig-

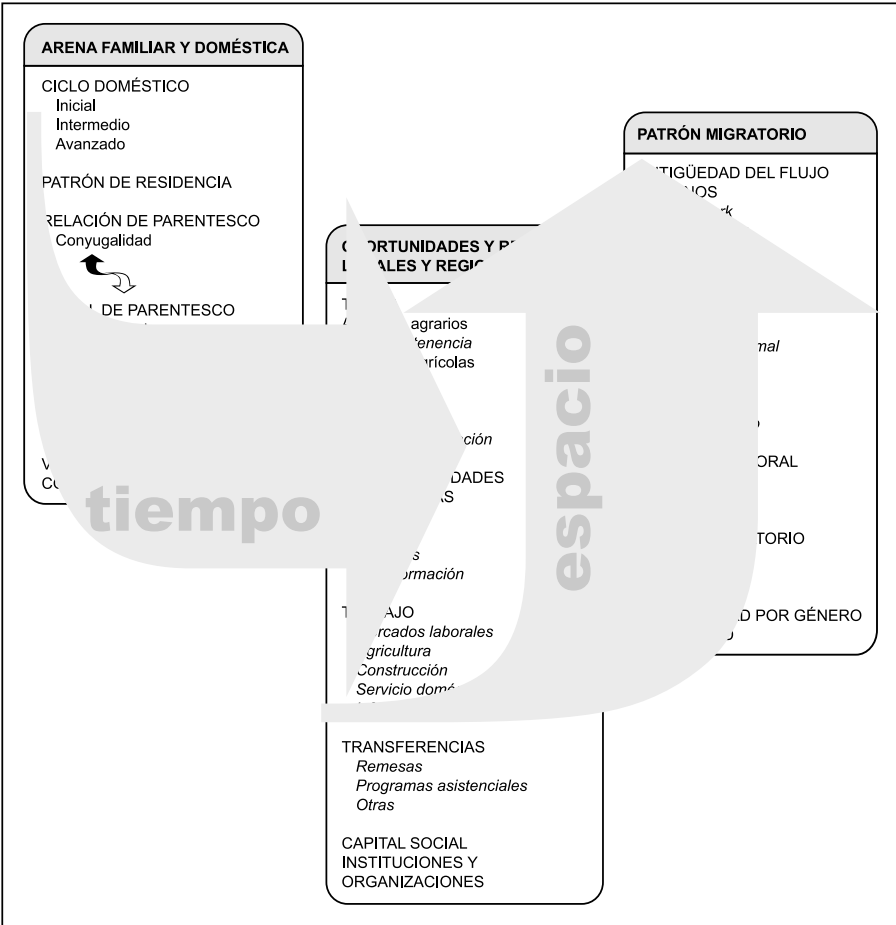


Figura 3. Cruce de dimensiones.

naciones del espacio y el tiempo. El espacio y el tiempo están en el centro de la organización del trabajo (del Valle, 1999). Del Valle advierte que:

[a]sí como la desigualdad en la forma de producción y distribución del espacio responde y se apoya en un sistema de producción capitalista, también en la forma de cómo se asigna, utiliza, distribuye y transfiere el espacio entre los hombres y las mujeres, y en la forma de conceptualización, asignación y experimentación del tiempo, se construye y se manifiesta el género (del Valle, 1991: 225).

Algunos de los aspectos más sugerentes de esta perspectiva son, entre otros, el planteamiento de que “el espacio siempre comunica algo”, así como la crítica a las visiones parciales que han prevalecido al conceptualizar la diferenciación entre lo privado y lo público. Además, la autora cuestiona la identificación entre espacio exterior, espacio extradoméstico y espacio público, homologación que conlleva una actitud discriminatoria que aleja a las mujeres de lo público. En suma, del Valle propone una redefinición de las categorías privado/público, exterior/interior, abierto/cerrado, afuera/adentro.

Son igualmente valiosas sus nociones de *fronteras, cierres, límites* –materiales y simbólicos– para desentrañar los mecanismos de poder que demarcan las vidas y acotan los tiempos de acuerdo con el género. Destaca significativamente el interés por categorizar el tiempo empleado en un trabajo invisible; esta invisibilidad es concebida por del Valle (1999) como una estrategia de poder. Una contribución más es la del concepto de *tiempo propio*, que cuestiona la disponibilidad ilimitada del tiempo en la vida de las mujeres. Siempre a disposición de las demandas provenientes de obligaciones y responsabilidades ligadas al entorno familiar, el tiempo propio suele estar ausente de las vidas de muchas mujeres. “Las responsabilidades del cuidado de personas dependientes en el ámbito doméstico condicionan la movilidad de las mujeres, acortan el tiempo y la distancia de los desplazamientos” (del Valle, 1999: 47).

Desde esta perspectiva, intentamos entrelazar las dimensiones de espacio y tiempo con las variables presentadas en la figura 2. Consideramos que las transiciones en el curso de vida de las mujeres en el marco del ciclo doméstico, constituyen la unidad de análisis privilegiada para relacionar estos fenómenos. Hemos optado por desglosar estas trayectorias en tres momentos: la constitución de la pareja y la etapa inicial de la vida conyugal; una etapa intermedia y una etapa avanzada. Con ello pretendemos evitar las generalizaciones que sostienen que la migración masculina conlleva, inexorablemente, a un aumento de la autonomía femenina o, por el contrario, a un incremento de la subordinación de las mujeres.

Formación de la unión y etapa inicial de la vida conyugal

En las tres localidades estudiadas la escolaridad femenina se ha incrementado notablemente. Este incremento no parece haber promovido un cambio sustancial en los patrones de nupcialidad y en las prácticas de fecundidad: las uniones conyugales se inician entre los 16 y 19 años en el caso de las muchachas y de los 20 entre los varones. Usualmente, el primer embarazo sobreviene a los

pocos meses de iniciada la unión. La migración de los varones a los Estados Unidos, tampoco parece haber afectado fundamentalmente estas prácticas.

Por otro lado, apreciamos diferencias significativas en las comunidades estudiadas en lo que respecta a las trayectorias laborales de las mujeres antes de iniciarse en la vida conyugal: en Tianguismanalco y Acuexcomac observamos una mayor movilidad de las jóvenes, asociada con el desempeño de alguna actividad laboral remunerada en la región —como jornaleras agrícolas, en el primer caso; o en las ciudades cercanas como trabajadoras domésticas, en el segundo—, en cambio, las nahuas de Xoyatla, abandonan la condición de solteras sin que medie la experiencia del trabajo remunerado.

No obstante estas diferencias, advertimos que una vez que las mujeres se unen o se casan pueden esperar con bastante certeza ver transcurrir el primer tramo de su vida conyugal bajo el mismo techo y el cuidado de sus suegros. Este patrón de residencia ampliamente documentado (González Montes, 1992; Robichaux, 1997) organiza de manera significativa el tiempo y el espacio de vida de las mujeres; el predominio de esta práctica no descarta la existencia de otros arreglos residenciales.⁸ Rivermar Pérez (2002) refiere casos en los que, a pesar de que la unión conyugal se inicia en Estados Unidos y la pareja establece allí su residencia, pasado poco tiempo, la mujer regresa a Xoyatla y queda bajo la tutela de sus suegros. Las recién casadas sin hijos son sujetas a una estrecha vigilancia: los infantes se piensan como una especie de cerco simbólico de la sexualidad de las madres o como barrera de contención ante los asedios masculinos (“donde hay niños —dice doña Jose—, no entra el maligno”), desde luego este tabú que impediría a los hombres el acceso sexual a las mujeres que son madres se transgrede más de lo que se declara.

Esta fase inicial del ciclo doméstico, analizada en detalle, supone a su vez una serie de transiciones que imprimen importantes matices en las vidas de las mujeres que se quedan bajo el cuidado de los suegros, compartiendo un mismo techo. Se transita de una dependencia extrema con respecto a los suegros en materia de provisiones económicas y afectivas y de un limitado control sobre las remesas y otros recursos, a una progresiva autonomía.

En estas circunstancias, el tiempo de las mujeres se organiza en función del cuidado de los niños y los quehaceres domésticos, eventualmente, y dependiendo de la atención hacia los lactantes, participan en algunas faenas

⁸ La uxori-localidad, usualmente asociada con contingencias demográficas —como la orfandad de los varones, o con desavenencias entre nueras y suegros—, se ha visto potenciada en los últimos años, entre otros factores, a causa del abandono de los padres por sus hijos varones o por alguna circunstancia migratoria particular.

agrícolas. En suma, las mujeres parecen estar confinadas fundamentalmente a los espacios interiores del hogar. Sin embargo, la situación particular de vida de estas jóvenes mujeres adquiere matices de acuerdo con el control que ejerzan sobre las remesas del ausente y de la negociación en el seno de estos grupos. Aunque existen patrones normativos que pueden actuar como amortiguadores en estas negociaciones, esto no evita la generación de conflictos entre nueras y suegros por el control y el destino de las remesas. El testimonio de Carmen (31 años, Santa María de la Encarnación Xoyatla) da cuenta de esta situación:

Todo el tiempo que Luis [su esposo] estuvo del otro lado, él le mandaba los dólares a su papá y él sólo me daba un poco en pesos, que sólo me alcanzaban para la ropa y la escuela de los niños. Ahora él se quejaba de que no tenía dinero, pero como yo le dije, pues yo no me gasté nada, pues todo se lo quedaba tu papá. Ahí pregúntale a él.

Tanto en Xoyatla como en Acuexcomac, con frecuencia los suegros administran sus desplazamientos y son ellos quienes acuden a los mercados locales o regionales para abastecer al grupo familiar. Los abuelos proporcionan asistencia a sus nietos, ropa, cuidados médicos e incluso intervienen en decisiones tan íntimas como el control de los embarazos de sus nueras. La duración de este periodo de convivencia con los suegros está estrechamente asociada con el monto de los bienes acumulados por el migrante —casas, tierras—, proceso que, cada vez más, se inicia antes de la concertación de la unión conyugal. “El entorno —afirma del Valle (1991: 225)— abarca conjuntos de recursos que se apropian, se estructuran y cambian de forma y pueden reflejar a su vez los cambios en las relaciones entre hombres y mujeres, en la relación de ambos con el entorno y en el contexto más amplio de la sociedad en la que se insertan.”

¿Cuáles son estos recursos que integran el *entorno* en los casos analizados? En general, estas mujeres se incorporan a los grupos domésticos de sus maridos desprovistas de bienes materiales; incluso en Xoyatla durante estos primeros años de vida conyugal carecen de la posibilidad de controlar los ingresos producto del trabajo artesanal. En Tianguismanalco se observa, en cambio, que las mujeres pueden retener los precarios ingresos obtenidos con su trabajo asalariado; y en San Miguel, más recientemente, quienes se desempeñan como empleadas domésticas en sus años de soltería, pueden adquirir algunos enseres del hogar que, en ocasiones, se suman después al fondo conyugal.

En esta fase del ciclo doméstico, las mujeres son un integrante más de la unidad productiva, ocupan una posición marginal en la toma de decisiones, sobrellevan fuertes cargas de trabajo y se imponen límites materiales y simbó-

licos a su movilidad. En general, dado el carácter reciente de la migración a Estados Unidos en la región, los jóvenes recién casados o unidos carecen de documentación migratoria, este hecho, sumado al endurecimiento de las políticas antimigrantes, crecientemente inspiradas en la doctrina de la seguridad nacional, condiciona el retorno a la localidad: las ausencias de estos jóvenes indocumentados tienden a ser más prolongadas y los costos de los desplazamientos se han incrementado de una manera notoria. Tendríamos que pensar en los efectos que esto último acarrea para la economía de esos jóvenes hogares.

Es una etapa crucial en la que se juega el porvenir de la pareja conyugal, se trata de una encrucijada plagada de conflictos cuyos desenlaces pueden ser la separación, la restauración del vínculo y, cada vez con más frecuencia, la reunificación de la pareja al otro lado de la frontera (D'Aubeterre, 2000a). En Tianguismanalco el panorama parece ser un tanto diferente, las jóvenes esposas de migrantes no abandonan del todo el trabajo asalariado, las condiciones locales y regionales de la producción agrícola propician una importante circulación espacial de la mano de obra en general. Tal cultura laboral legitima que las mujeres puedan franquear los confines del pueblo para obtener ingresos propios, matizando así la dependencia con respecto a los "migradólares" que observamos en las otras localidades y el socorrido recurso del endeudamiento al que acuden las mujeres para hacer frente a la irregularidad de la llegada de remesas. Cabría distinguir entre las vivencias de la separación considerando la particular modalidad migratoria de los maridos, específicamente, la temporalidad de los desplazamientos.

Etapa intermedia: la centralidad de los ritmos institucionales en la organización del tiempo y de la movilidad de las mujeres

Hemos identificado un segundo momento. Con el paso del tiempo, se puede compartir el mismo techo pero, lentamente, algunas mujeres van negociando con maridos y suegros el manejo de las remesas de manera independiente. Se avanza en el proceso de acumulación de recursos propios: aparatos electrodomésticos, se edifican cocinas alternas o se guisa aparte. En las comunidades estudiadas se llama a este proceso *apartarse* o *ajenarse*.

Hacerse de un espacio propio y la concreción de este ideal expresa la gestión de las mujeres en la transformación de su *entorno*. En este mismo sentido, Luin Goldring (1996), se ha referido a la construcción de las viviendas financiadas por las remesas como un acto de producción cultural: en la vivienda se materializa una peculiar representación del espacio doméstico y de

la ruralidad atravesado por los sistemas de género. La construcción de las viviendas, responsabilidad que en los últimos años recae en manos de las esposas de migrantes, implica continuas negociaciones con los cónyuges, además de un entrenamiento sutil en nuevas habilidades –manejo y regateo de precios, de salarios– y desplazamientos fuera de las comunidades para la adquisición de materiales de construcción.

Esta transición, como se sabe, no implica una separación abrupta: en muchos casos a lo largo de este tránsito, los suegros siguen abasteciendo con granos básicos las necesidades alimentarias en aumento del grupo; a cambio, las mujeres y sus hijos continúan trabajando en milpas y terrenos de aquéllos. No obstante, apreciamos que la moral que tradicionalmente ha regulado las prestaciones y las contraprestaciones de bienes y mano de obra va cediendo terreno a relaciones de trabajo monetarizadas; incluso en las dos localidades en donde la actividad agrícola está orientada a la producción de subsistencia, en los momentos en que el trabajo en la parcela se intensifica las mujeres se ven obligadas a emplear una parte de los “migradólares” en la contratación de peones.

A medida que la pareja conyugal y la prole organizan su propio consumo, la pretensión es cultivar una parcela de manera independiente: el recurso de la mediería o de la renta de terrenos, la dotación comunal o la herencia anticipada, son las vías mediante las que se resuelve esta aspiración. El trabajo de las mujeres es un ingrediente clave en la consecución de este logro.

Las tareas del ciclo agrícola, el ritmo y las exigencias de las instituciones gubernamentales demandan una extrema flexibilización del tiempo de estas mujeres. La incorporación del primer hijo a la escuela tiene efectos paradójicos en sus planes y sus vidas: con frecuencia aumentan las presiones económicas sobre el grupo y sobre las madres en particular. Una parte importante de su tiempo transcurre en espacios exteriores, para cumplir con las exigencias y los ritmos de las instituciones. En reemplazo de sus maridos ausentes ocupan posiciones en los comités escolares, toman acuerdos y realizan gestiones ante autoridades locales y foráneas. La escuela, en suma, trastoca el confinamiento de las mujeres al espacio doméstico, convirtiendo el tiempo de las madres de estos escolares en un devenir a disposición de las demandas y responsabilidades vinculadas con el entorno familiar, por una parte, y con los ciclos festivos escolares y sus ritmos administrativos por la otra. Estas actividades pueden ser pensadas como parte de las atribuciones genéricas de las mujeres y no pueden ser interpretadas, exclusivamente, como un resultado automático de la migración masculina. No obstante, podemos plantear que la visibilidad de las mujeres en estos espacios se potencia a consecuencia de la migración de los varones.

Han ampliado de manera visible su participación en comités cuya integración se decide en asambleas comunales que gestionan bienes de consumo colectivo. Con frecuencia, la incorporación a estos comités tiene un carácter compulsivo y obligatorio: formalmente, los maridos son los designados para desempeñar estos cargos, en los hechos, el trabajo recae en las mujeres. Asimismo, tienen una enorme presencia y responsabilidad en la puesta en marcha de programas gubernamentales de pretendido combate a la pobreza en estas localidades (*vgr.* Solidaridad, Progresá, Oportunidades y Procampo, en especial); son bisagras fundamentales entre el Estado y sus programas de asistencia y la familia. Cabe entonces preguntarse si esta presencia de las mujeres en los *espacios exteriores* y la creciente visibilidad en *espacios públicos* no es más que una extensión o prolongación de sus tareas como reproductoras de la mano de obra en un escenario de retracción del Estado o si, por el contrario, a través de estas actividades se allegan de oportunidades y posiciones para alcanzar la plena ciudadanía.

El arribo de los hijos a la pubertad y la adolescencia introduce otro matiz fundamental en la vida de la mujeres unidas con migrantes. Con frecuencia en caso de abandono, enfermedades y otras contingencias, los ingresos de los hijos mayores incorporados al mercado de trabajo suplen las remesas del cónyuge. La ampliación de la oferta educativa, la aspiración de brindar más años de estudio a los hijos puede, en otros casos, complicar estas situaciones de penuria. Sólo aquéllas que han logrado disponer de una vivienda propia, recursos independientes—como ganado, pequeñas tiendas de abarrotes o una parcela—amplían su radio de influencia, trascendiendo el ámbito propiamente familiar y doméstico.

En cada caso, cabe analizar con detalle los diversos rangos de libertad para tomar decisiones independientes sin contar con la aprobación del ausente. La inversión en bienes inmuebles, la venta de tierras o ganado para hacer frente a contingencias, la migración de algún miembro joven de la familia, la aceptación de cargos dentro del sistema de organización civil y religiosa de la comunidad, entre otras, son decisiones de tal envergadura que generalmente las mujeres no toman de manera independiente y que comportan intensas negociaciones conyugales.

Etapa avanzada: madres, suegras y abuelas

Generalmente ya convertidas en abuelas y suegras “en funciones”, es decir, “con nueras bajo su poder”, y dadas las prácticas de fecundidad hasta hoy predominantes, con frecuencia, muchas están criando a sus hijos más pequeños. En estos grupos domésticos observamos una reasignación de las tareas que respon-

de, por un lado, a una redefinición de la división sexual del trabajo y, por otra parte, a una redistribución flexible del trabajo entre mujeres de dos o más generaciones (Marroni, 2000). Lo que pareciera redundar, a primera vista, en una mayor disposición de tiempo propio y una mayor movilidad, sin embargo, una revisión detenida de los espacios y tiempos de estas mujeres matiza esta primera impresión.

Miguelañes y xoyatecas, por ejemplo, destinan una parte considerable de su tiempo al desempeño de una variedad de funciones ligadas al ejercicio de los cargos religiosos y civiles de los sistemas tradicionales de gobierno y como integrantes de asociaciones religiosas de laicos. En ambas localidades, en ocasiones, la administración de importantes sumas de dinero procedentes del norte y destinadas al financiamiento de obras públicas, como mejoras del templo o de las escuelas, recae en manos de estas mujeres. Esto supone un continuo salir del entorno doméstico y frecuentar la iglesia, edificios públicos, plazas, calles y caminos más allá de los confines de sus pueblos. El saber leer y escribir les ha permitido, en más de un sentido, incursionar en estos territorios vedados para sus madres. En calidad de representantes de maridos e hijos migrantes en compromisos y fiestas del ciclo ritual de sus comunidades y de sus propias familias realizan un sinnúmero de tareas invisibilizadas por esos mecanismos de ocultamiento a los que se ha referido, entre otros, Pierre Bourdieu (2000).

Este complejo proceso requiere de una constante afirmación masculina, la demostración de que, a pesar de los cambios habidos, los varones siguen reteniendo el control sobre las mujeres, tal como lo ilustra el testimonio de don José (68 años, San Miguel Acuexcomac):

Es que se van al norte los señores y cumplen las señoras, aquí entraron las señoras [a desempeñar los cargos] por necesidad, no hacen quedar mal al marido. Como orita ve usted que mi esposa está en el comité de la escuela, porque yo la dejo, si yo dijera no, no va. Antes nombraban a puros señores, todo el tiempo fue así el principio, el hombre, nunca se paraban así la señoras en las asambleas. Yo creo que hasta tenían pena a pararse, ni querían ir, antes nomás andaban escondidas con su rebozo, y orita ¿cuál rebozo? Se presenta más la mujer a las asambleas y no el hombre, el hombre dice, ve tú, yo me voy a mi chamba. Cuando hacen de noche las pláticas viene cansado el hombre, entonces dice, vete tú, voy a descansar, vine cansado del campo. Los que son nombrados son los esposos, quiere decir que ya sus esposas vienen siendo como sus suplentes...

A la par, observamos un mayor protagonismo de las mujeres en los procesos productivos a medida que los hombres se desligan de estas labores, así las vemos asumir tareas antes concebidas como masculinas: la contratación de peones, la administración de jornales o pagos en especie, la compra de insu-

mos, la organización de cuadrillas, la cosecha y la comercialización de los productos; en suma, hoy controlan, *de facto*, el proceso productivo en toda su extensión. Asimismo, la cría de ganado menor, que corre a cuenta de las mujeres con la ayuda de niños y ancianos en estas localidades, constituye un fondo de ahorro del que los grupos domésticos disponen en situaciones de apremio, para saldar deudas y compromisos rituales. En los hogares de migrantes este fondo adquiere una importancia mayúscula.

Simultáneamente, los cambios en el ciclo doméstico, conllevan la adopción de nuevas responsabilidades: en Tianguismanalco y Xoyatla se encargan de la crianza de nietos dejados a su cuidado por hijas e hijos migrantes, en cambio, en Acuexcomac, dada la creciente neolocalidad en los Estados Unidos de las parejas recién conformadas, las abuelas se ven privadas de la experiencia de mantener un contacto íntimo con sus nietos; se habla cada vez más de “nietos de foto”.

Todas, sin embargo, asumen la dirección de la casa y, en ciertos casos, reciben y administran remesas de los ausentes: a sus tareas se añaden ahora el cuidado y vigilancia de las viviendas deshabitadas, vehículos y otras posesiones de hijos e hijas migrantes. Históricamente, a esta edad las mujeres de Tianguismanalco y las xoyatecas se desplazan a espacios microregionales de remota tradición mercantil que ofrecen alternativas para la obtención de recursos y satisfactores. Sanjuaneras y xoyatecas de estas edades, pueden dedicarse entonces más libremente al comercio a pequeña escala en el mercado de Atlixco, en donde se organizan para negociar con funcionarios y administradores mejores condiciones para el desarrollo de su actividad mercantil. Cabría indagar en qué medida la migración de los varones ha reorganizado esta actividad femenina por excelencia.

Por lo general, cuando el grupo doméstico arriba a este tercer momento de su ciclo, los maridos se transforman en migrantes inactivos, disminuyen sus posibilidades de emplearse en actividades que demandan una intensa actividad física y jornadas extenuantes en precarias condiciones laborales en un segmento del mercado laboral urbano estadounidense al que se han incorporado estos campesinos pobres en esta nueva fase de acumulación capitalista. Sólo aquellos que han logrado insertarse en ciertos nichos laborales –tales como el comercio ambulante–, o que cuentan con negocios independientes, mantienen su ritmo migratorio en edades avanzadas. Pero, en general, sus desplazamientos al norte se hacen más espaciados y las remesas de los hijos reemplazan las provisiones de sus padres en vías de retiro. En Acuexcomac se concentran los hombres de estas edades que cuentan con una mayor trayectoria

migratoria y que pudieron acogerse a los beneficios de la amnistía promovida por la Ley Simpson-Rodino en 1986 (IRCA, por sus siglas en inglés). En estos casos, retornan a la comunidad más frecuentemente y sus estancias en el pueblo tienden a ser más prolongadas. Mientras que aquellos hombres que se desempeñan en los servicios, restaurantes y en la manufactura, como predominan en el caso xoyateco y en San Juan Tianguismanalco, suelen interrumpir sus trayectorias laborales y migratorias más abruptamente.

DISCUSIÓN FINAL

En este trabajo hemos intentado matizar las interpretaciones extremas que han sugerido, por un lado, el empoderamiento o, por el otro, la inexorable condición subordinada de las mujeres que permanecen en las comunidades rurales mexicanas mientras sus maridos migran. Planteamos que la situación de las mujeres se redefine a lo largo del curso de vida y del ciclo doméstico. Hemos intentado documentar estas transiciones tomando en consideración las dimensiones de tiempo y espacio en la vivencia de la conyugalidad a distancia en tres localidades del centro del estado de Puebla, en las que la migración a los Estados Unidos ha alcanzado magnitudes extraordinarias en las dos últimas décadas.

Esta perspectiva nos ha permitido reparar en los claros y oscuros que tiñen estas transformaciones en la vida de las mujeres: en efecto, el saldo de la migración masculina en sus vidas no es unívoco, por el contrario, podemos reconocer su presencia en espacios que hasta hace poco tiempo monopolizaban los varones, las fronteras entre tareas y ocupaciones, lugares y tiempos regulados por el sistema de género tienden a desdibujarse. No obstante, tal como lo ha identificado Nadal (2001) entre mujeres mayas bordadoras de los extintos ejidos henequeneros en Yucatán, estos sistemas de clasificación, que ordenan los tiempos y los espacios de hombres y mujeres se deconstruyen para volverse a reconfigurar mediante complejos dispositivos del poder; entre ellos, la invisibilización del trabajo femenino orientado, tal como lo hemos mostrado, no sólo a la producción de bienes materiales, sino también de bienes simbólicos: el honor del varón, el reconocimiento social, entre otros.

La avasallante desarticulación de formas de vida campesina en el horizonte de las exigencias del proceso de la flexibilización de la acumulación del capital y del trabajo, ha traído aparejada una intensa circulación de personas a nivel planetario y ciertas categorías de mujeres resultan claves para asegurar la reproducción de las nuevas generaciones de migrantes en pueblos y regiones de origen,

y de los que, a la distancia, pueden seguir siendo integrantes de la retícula de la vida doméstica y comunitaria.

Matizan estas vivencias las modalidades de la migración masculina en los casos analizados, su carácter recurrente, eventual o sostenido en el tiempo y las particularidades de los nichos laborales en los que se insertan los migrantes. Son importantes, asimismo, las trayectorias laborales de las mujeres, los recursos y oportunidades locales —mercados de tierra, de trabajo, etcétera—, así como un sinfín de normas y dispositivos culturales que regulan la transmisión de estos bienes de una generación a otra y, entre otros aspectos, definen el grado de control de las mujeres sobre su entorno.

La combinación de estos factores define la mayor o menor vulnerabilidad para enfrentar las ausencias de sus hombres, las enormes cargas de trabajo y de cuidado de niños y ancianos. En muchos sentidos, estas mujeres se han convertido en guardianas del patrimonio material, cultural y étnico de pueblos que parecieran negarse a desaparecer.

REFERENCIAS

ARIAS, PATRICIA

- 2000 Las migrantes de ayer y de hoy. Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehmichen Bazán (eds.) *Migración y relaciones de género en México*, Grupo Interdisciplinario sobre Mujer Trabajo y Pobreza, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 185-202.

BANCO NACIONAL DE MÉXICO, S. A.

- 1998 *México social. Estadísticas sociales seleccionadas, 1996-1998*. Banco Nacional de México, S. A., Departamento de Estudios Económicos y Sociales, México.

BOURDIEU, PIERRE

- 2000 *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona.

CONSEJO ESTATAL DE POBLACIÓN (COESPO)

- 2003 *Coespo: Proyecciones de población 2001-2020*. Puebla.

CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN (CONAPO)

- 2001 Migrantes mexicanos en Estados Unidos. *Migración Internacional*, Boletín núm. 15, año 5.

CORNELIUS, WAYNE A.

- 1988 *Los migrantes de la crisis: The Changing Profile of Mexican Labor Migration to California in 1980s*. Paper presented at the Conference Population and Work in Regional Settings, El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán, November, México: 28-30.

CORONA VÁZQUEZ, RODOLFO

- 1993 Migración permanente interestatal e internacional, 1950-1990. *Comercio Exterior* 53(8): 750-762.

D'AUBETERRE BUZNEGO, MARÍA EUGENIA

- 2000 *El pago de la novia. Matrimonio, vida conyugal y prácticas transnacionales en San Miguel Acuexcoman, México*. El Colegio de Michoacán, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, México.
- 2000a Mujeres y espacio social transnacional: maniobras para renegociar el vínculo conyugal. Dalia Barrera B. y Cristina Oehmichen B. (eds.) *Migración y relaciones de género en México*, Grupo Interdisciplinario sobre Mujer Trabajo y Pobreza, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 63-85.

DURAND, JORGE

- 2000 Tres premisas para entender y explicar la migración México-Estados Unidos. *Estudios de historia y sociedad*, El Colegio de Michoacán, XXI (83): 17-35.

GOLDRING, LUIN

- 1996 Gendered Memory: Construction of Rurality among Mexican Transnational Migrants. *Creating the Countryside, the Politics of Rural and Environmental Discourse*, Philadelphia Temple University Press, Filadelfia: 303-329.

GONZÁLEZ MONTES, SOLEDAD

- 1992 *Familias campesinas mexicanas en el siglo XX*. Tesis de doctorado, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, Depto. de Historia de América (Antropología de América), Madrid.

HONDAGNEU-SOTELO, PIERRETTE

- 1997 I'm here, but I'm there: The Meanings of Latina Transnational Motherhood. *Gender and Society* 11 (5): 548-571.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA (INEGI)

- 2001 *Censo general de población y vivienda 2000. Principales resultados por localidad*. Estados Unidos Mexicanos, Puebla.

- 2001 Tabuladores básicos Estados Unidos Mexicanos, tomos I y II, *XII Censo general de población y vivienda 2000*. México.

MARCELLI, ENRICO A. Y WAYNE A. CORNELLIUS

- 2001 The Changing Profile of Mexican Migrants to the United States, *Latin American Research Review* 36 (3): 105-131.

MARRONI, MARÍA DA GLORIA

- 2000 *Las campesinas y el trabajo rural en México de fin de siglo*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- 2000a Él siempre me ha dejado con los chiquitos y se ha llevado a los grandes: Ajustes y desbarajustes familiares de la migración, Dalia Barrera B. y Cristina Oehmichen B. (eds.) *Migración y relaciones de género en México*. Grupo Interdisciplinario sobre Mujer Trabajo y Pobreza, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 87-117.
- 2003 Culture of Migratory Network: Linking Puebla and New York. R. Cortina y M. Gendrau (eds.) *Immigrants and Schooling: Mexicans in New York*, Center for Migration Studies of New York, Nueva York: 125-142.

MOCTEZUMA LONGORIA, MIGUEL

- 2001 Familias y redes sociales de migrantes zacatecanos en Oakland, California. Cristina Gomes (comp.) *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Editorial Porrúa, México: 223-253.

MUMMERT, GAIL

- 1990 Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y las que se van. *Población y trabajo en contextos regionales*, El Colegio de Michoacán, México.

NADAL, MARIE-JOSE

- 2001 *Les mayas de l'oubli. Genre et pouvoir: les limites du developpement rural au Mexique*. Les editions Logiques, Canadá.

PREIBISCH, KERRY L.

- 1996 *Rural Women- Mexico's Comparative advantage?: Lived Experiences of Economic Restructuring in two Puebla ejidos*. Thesis Master of Arts, Department of Spanish and Latin American Studies, Simon Fraser University, Canadá.

RIVERMAR PÉREZ, MARÍA LETICIA

- 2002 Migración y reorganización de las relaciones conyugales y familiares en una comunidad nahua. María da Gloria Marroni y María Eugenia D'Aubertterre (coords.) *Con voz propia mujeres rurales en los noventa*, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México: 69-93.

ROBICHAUX, DAVID

- 1997 Un modelo de familia para el "México profundo". *Espacios familiares: ámbitos de sobrevivencia y solidaridad*, Investigación sobre las familias y los fenómenos sociales emergentes en México, Premio 1996, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Nacional Autónoma de México, Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia, Consejo Nacional de Población, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México: 187-213.

STEPHEN, LYNN

- 2002 Globalización, el Estado y la creación de trabajadores indígenas flexibles: trabajadores agrícolas mixtecos en Oregon. *Relaciones XXIII* (90): 89-111.

SZASZ PIANTA, IVONNE

- 1994 La pobreza desde la perspectiva de género: estado del conocimiento. Javier Alatorre y Vania Salles (comps.) *Las mujeres en la pobreza*, México, El Colegio de México, México: 17-44.
- 1999 La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina en México. Brígida García (coord.) *Mujeres, género y población en México*, El Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía, México: 167-210.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

- 1988 *Atlas de migración interna en México*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

VALLE, TERESA DEL

- 1991 *El espacio y el tiempo en las relaciones de género*. KOBIE (Serie Antropológica cultural) Bizkaiko Foro Andundia, Diputación Foral de Biskaia, núm. 5, Barcelona: 223-236.
- 1999 Reelaboración de la conceptualización espacio-temporal desde el análisis feminista y su aplicación a la antropología urbana. M. L. Esteban y C. D. Mintegui (coords.) *Antropología feminista: Desafíos teóricos y metodológicos Ankulegi. Gizarte antropologia aldizkaria*, Revista de Antropología Social, núm. especial septiembre, Aleberezia, Donosita: 43-52.

VIDAL FERNÁNDEZ *ET AL.*

- 2002 De Paraíso a Carolina del Norte. Redes de apoyo y percepciones de la migración a Estados Unidos de mujeres tabasqueñas despulpadoras de jaiba. *Migraciones internacionales*, El Colegio de la Frontera Norte 1 (2): 29-61.

ZARATE VIDAL, MARGARITA

- 2000 Participación política, migración y mujer en Michoacán. Dalia Barrera B. y Cristina Oehmichen B. (eds.) *Migración y relaciones de género en México*, Grupo Interdisciplinario sobre Mujer Trabajo y Pobreza, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 135-155.